

SAN PEDRO DEL ROMERAL

La vida en el siglo XXI

Unos vecinos residentes en el pueblo de Guznuevo carecen de accesos y de suministro eléctrico en su vivienda familiar. Se abastecen de un pequeño molino y de una placa de energía solar, pero «si está la niebla ciega y no hay viento, nos quedamos sin luz»

02.05.2008 - ÍÑIGO FERNÁNDEZ

Es preciso amar mucho la tierra que uno pisa, la que ha pisado durante toda su vida, para continuar viviendo en Guznuevo, en el municipio de San Pedro del Romeral, a 700 metros de altura sobre el nivel del mar, aislado..., y sin suministro eléctrico. Es preciso amar mucho la tierra que uno pisa y el aire que uno respira, sin duda, o carecer por completo de alternativas.

Algo de eso, de lo uno y de lo otro, debe ser lo que les sucede a Francisco Fernández y Ana María López. Son los últimos supervivientes de un lugar llamado Guznuevo en el que, no hace tanto tiempo, llegaron a vivir «siete u ocho familias». Ahora están solos y aislados, y, lo que es peor, carecen en su vivienda familiar de servicios básicos como el suministro eléctrico.

Lo de los accesos lo suplen con un 'land rover' que utilizan para atravesar los caminos del monte. Lo del suministro, con un pequeño molino de viento y una placa de energía solar que, si hay viento y luce el Sol, les abastece. El problema es que no les da para mucho -sólo unas bombillas de bajo consumo y un televisor- y «si está la niebla ciega y no hay viento, nos quedamos sin luz en tres días». Lo de la lavadora, el horno o el microondas no va con ellos. No puede ir con ellos, en tales condiciones.

Así se vive en Cantabria, todavía, en pleno siglo XXI. Así viven, al menos, quienes habitan en los confines de Cantabria, que son al mismo tiempo confines geográficos y temporales.

Candiles de gas

Francisco y Ana María no quieren que nadie les solucione la vida. Sus problemas cotidianos, los resuelven ellos mismos. Pero piden, sin embargo, una ayuda «para que ese camino se arregle y llegue la luz». Lo hacen sin amenazas. Lo hacen sin llantos. Ni soberbios ni humillados. Lo hacen con toda la dignidad de los viejos hidalgos de Cantabria, de quienes son herederos, sin duda.

Cuenta Francisco que, cuando se promovió en la zona la electrificación rural «me dijo el ingeniero que no me ponía la luz, que no se podía subir hasta aquí, porque costaría siete u ocho millones de pesetas y no merecía la pena». Fue entonces cuando decidió instalar un sistema de energía solar, aprovechando una convocatoria para subvencionar este tipo de energías en cabañas aisladas.

Fue hace media docena de años, le costó un millón de pesetas y el Gobierno de Cantabria colaboró sufragando el 50 por ciento de los costes. Gracias a ello, pudo sustituir los viejos candiles de gas -decimonónicos- por bombillas eléctricas, pero todos los problemas no llegaron a solucionarse.

La falta de potencia del sistema, por un lado, y su dependencia de las circunstancias climáticas, por otro, son limitaciones que no dejan de pasar factura todos y cada uno de los días del año. «Da para la televisión y para unas bombillas, de esas de bajo consumo que cuando las enciendes no alumbran nada», explica Francisco. Su mujer, Ana María, percibe, además, otros problemas: «no podemos tener ni lavadora ni frigorífico».

«Si bajas a Ontaneda y compras dos kilos de filetes, hay que comerlos todos», afirma. En cuanto a la ropa «hay que



Francisco y Ana María, con el pequeño molino de viento al fondo. / DM

lavarla a mano o en casa de mi madre, en Aldano, a tres kilómetros de distancia. Allí tenemos un arcón y la lavadora».

El camino, prioritario

Con todo, «preferiríamos que arreglaran lo del camino que lo de la luz», explican. «Hacía falta que lo arreglaran y lo asfaltaran, para empalmar con Entrambasmestas (Luena)», asegura Francisco.

«Además, esta es una zona muy bonita para el turismo. Hay muchas cabañas. Últimamente se han vendido tres. Lo único que hace falta es recitar esas curvas del camino y asfaltarlo», añade. La distancia hasta Entrambasmestas es de sólo tres kilómetros.

Sin embargo, hace dos inviernos pasaron dieciocho días aislados por la nieve. «Cada mañana me asomaba a mirar, pero la nieve no se iba. Al final, la máquina abrió el camino y dejó la pila de nieve frente a la casa. Le dije al de la quintanieves que igual ponía a referescar allí las botellas de vino en verano. Luego lo quitó», recuerda.

¿Y el médico?. «El médico no ha venido aquí nunca, porque no nos ha hecho falta. Y que no venga». Eso sí, «si algún día nos ponemos malos, tendrán que sacarnos de aquí en helicóptero», sostiene. «Lo que no tengo problema es de leña. Aunque viva cien años, no la gasto», advierte con socarronería.

«Esto nos gusta»

Llegados a este punto, la pregunta inevitable es ¿y si les ofrecieran un piso o una casa en Ontraneda? ¿Se irían?. Dicen que no. Que «esto es lo nuestro». «Entre una casa en Ontaneda y el camino, preferimos que nos arreglen el camino». Nadie duda de su sinceridad. No hay por qué. Al fin y al cabo, en Guznuevo viven a gusto, pese a las limitaciones.

El propio Francisco lo dice: «Aquí nací y aquí sigo, quitando veinte meses que estuve en la mili en Burgos. A nosotros esto nos gusta. Si no fuera porque esto nos gusta, no estaríamos aquí».